

V.I.P. SOLO PARA NUMEROS UNO

PEDRO DOMINGO O LAS FRUSTRACIONES DE UN LIBERAL

Ara que estic al lit
malalt
estic força content
—Demà m' aixecaré potser,
i heus aquí el que m' espera.
Unes places llentes de claror,
i unes tanques amb flors
sota el sol,
cota la lluna del vespre.

(Joan Salvat Papasset «Tot l'enyor de demà»)

El doctor Pedro Domingo, viejo liberal impenitente, preside la Real Academia de Medicina de Barcelona. La define:

—La Real Academia de Medicina es un lugar clásico de la medicina catalana. Uno se encuentra con cosas que tienen más de doscientos años y esto, la verdad, impresiona. La Medicina de Cataluña ha tenido épocas buenas y malas, como el país. La Real Academia pasa por un buen momento, y no porque sea yo el presidente, sino porque los buenos momentos se conocen por el respeto y el amor a la historia.

Para historias, anécdotas y vivencias las que almana en su pensamiento el doctor Domingo, que sentado en una butaca —no tengo butaca preferida, ha dicho— ha explicado el papel de Carlos III, sus medidas, ahora diríamos que progresivas, con respecto a la medicina y cómo terminaron en Barcelona las peleas entre médicos y cirujanos. Teóricos los primeros —salidos de las universidades— prácticos los segundos —salidos de las barbas.

—Aquí, en esta Real Academia de Medicina de Barcelona, médicos y cirujanos comprendieron que debían ponerse de acuerdo.

Haciendo continuos saltos en su conversación —hacia atrás, hacia adelante— el doctor Domingo ha señalado que la medicina catalana comenzó a florecer en el campo.

—La explicación es muy sencilla. Los cristianos, que dominaban la situación política, arrojaron de las ciudades a moros y judíos. Y así la mejor gente del país estaba alrededor de las grandes ciudades, haciendo esto posible que la gran mejora de la medicina se hiciera en el campo de Tarragona. Esto lo terminó de «arreglar» Felipe V, porque ya se sabe que los estudiantes de Barcelona han sido siempre los más inquietos, al trasladar la Universidad a Cervera. Del Campo de Tarragona salieron tres o cuatro personas que replantearon completamente la medicina y vieron con claridad que puesto que el enfermo necesitaba del médico y del cirujano, ambos habían de ir juntos. Fue Gimbernat el primero que concibió la cirugía con una base médica y en la Real Academia de Medicina de Barcelona fue el primer lugar en que se enseñó medicina y cirugía al mismo tiempo.

Para que se vea cómo iban las cosas, el doctor Domingo cuenta que entre los documentos anecdóticos de aquel tiempo figura la queja de una joven que afirmaba haber sido engañada por un hombre que le decía que era médico cuando en realidad sólo era cirujano.

—Cuando restauramos la Real Academia pusimos el busto de Carlos III, de Virgili —un gran médico del Camp de Tarragona—, pero faltaba el busto del hombre que dijo que había una cosa que no engañaba nunca: la observación del enfermo mientras era enfermo o del cadáver al dejar de serlo, éste era Gimbernat.

Gimbernat puede no tener busto, pero en la Real Academia de Medicina existe la mesa de mármol rodeada de asientos —de piedra para los estudiantes y otros más cómodos para los maestros— en las que Gimbernat realizaba sus autopsias y sus clases.

—Como se sabe, la medicina se aprende viendo los enfermos al lado de un maestro...

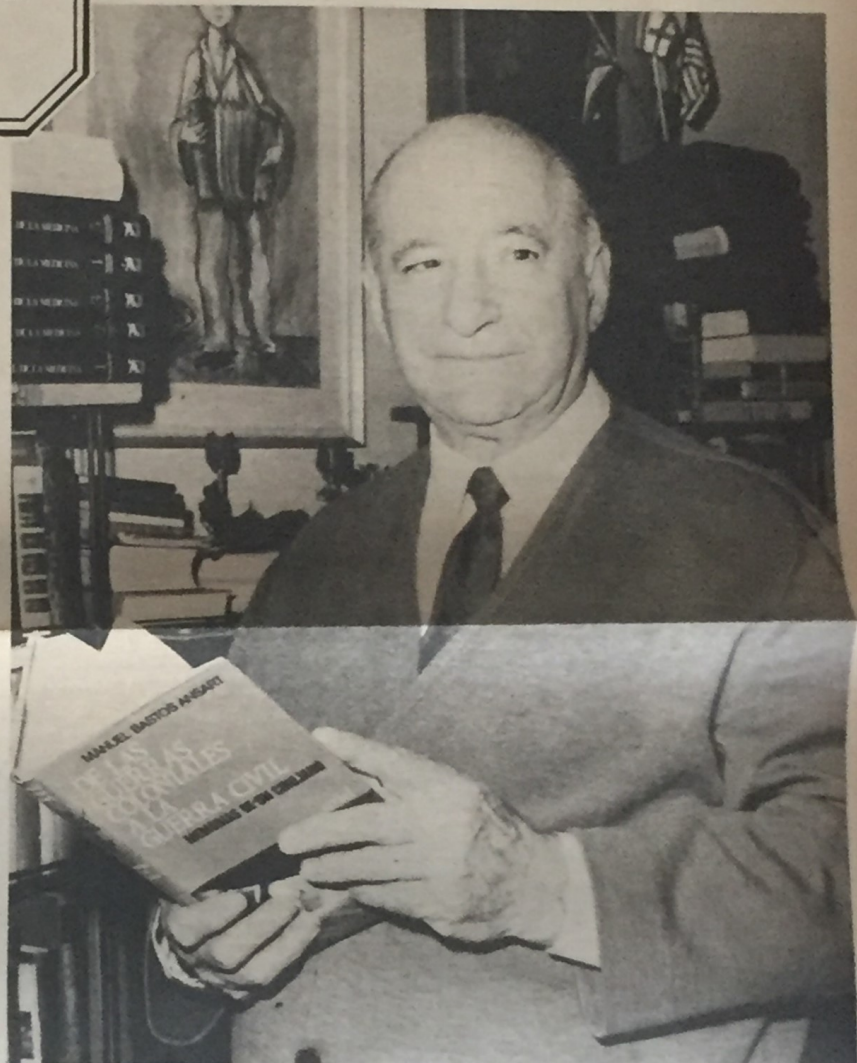
—¿Hay maestros ahora?

—Hay una palabra que se oye continuamente y que me hace mucha gracia: quieren hacer investigación científica. Y lo dicen seriamente, pero quieren hacerla sin maestros. Pienso que a nadie que quisiera montar una industria, por ejemplo, se le ocurriría instalarla sin un proyecto y un presupuesto. ¿Se imaginan hacer investigación, que es lo más caro que hay, sin presupuesto? Se está gastando mucho dinero enviando a los muchachos a estudiar fuera cuando hay maestros aquí que no son tenidos en cuenta.

El dinero —o la analogía con la falta de él, tal vez— le ha llevado a hablarnos del Institut d'Estudis Catalans, creado por Prat de la Riba en 1907 diciendo que la ciencia era la base de cualquier avance.

—Será muy difícil avanzar sin un estudio previo de la realidad científica, sin el conocimiento de la realidad, sea buena o mala, a través de la ciencia.

Acabada la guerra —ha vuelto a referirse el doctor Domingo al Institut d'Estudis Catalans— le retiraron cualquier consignación económica para poder cumplir su tarea. La verdad es que jamás ha vuelto a pedir sub-



venciones. Y el Institut ha quedado en una institución viva, pero no vivaz. Y es una lástima. Piensen que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas no nació hasta veinte o treinta años después que el Institut d'Estudis Catalans.

—¿Qué es un maestro?

—El maestro tiene la ilusión de trabajar por algo que no sea la materialidad de las cosas que está haciendo...

Ha puesto dos ejemplos: el doctor Turró y el doctor Ferrán.

—El doctor Turró era un gran maestro. Les contaré una anécdota: él se hizo veterinario por consejo del doctor Robert, porque a pesar de sus conocimientos no tenía ningún título. Se presentó a los exámenes y en poco tiempo lo logró. Un día se presentó al examen de anatomía y el profesor le indicó que dijese lo que quisiera de la anatomía del caballo. Turró comenzó a describir el esqueleto del caballo tal como a él le parecía que era. Al llegar a la clavícula la describió con una minuciosidad impresionante. El profesor le dijo que la descripción había sido maravillosa, pero que la lástima es que los caballos no tengan clavícula. Pues bien, este hombre fue un gran maestro a cuyo lado se formó August Pi i Sunyer y mucha otra gente. En los anales de la Societat Catalana de Biologia encontramos 40 o 50 volúmenes importantísimos de Turró y su escuela.

—Y el doctor Ferrán, ¿qué pintó?

—Era un gran talento, pero no era maestro y no dejó seguidores. La escuela de Turró y Pi i Sunyer aún continúa. Piensen que el maestro ha de comenzar por dar aquello de lo que más celoso está: sus métodos e ideas de trabajo y ha de tener conciencia que su condición es la de maestro.

—¿Continúa habiendo personas con esta conciencia?

—Hay una crisis general de maestros a consecuencia, creo yo, de que la gente ama mucho la facilidad de vivir. La mecanización de la vida fomenta mucho esta facilidad.

El doctor Domingo habla con evidente admiración del doctor Turró y de aquella época heroica de la medicina barcelonesa. Así cuenta que cuando Turró convirtió el Laboratorio Municipal de Barcelona en un auténtico centro de investigación científica pidió ayuda una vez y otra al Ayuntamiento, hasta que llegó un momento en que éste, a través de los radicales, concedió una subvención. Al cabo de unos meses llamaron al doctor Turró para preguntarle: ¿Qué, ¿cómo va? ¿Aún no han descubierto nada?, y el doctor Turró respondió que no, pero que estaba seguro que ya descubrirían. Algo parecido le ocurrió al propio Domingo un día que se le presentaron tres concejales para efectuar una inspección del dinero dedicado a investigación. Tan pesados se pusieron respecto a los descubrimientos que el doctor Domingo les dijo: Miren, es ya la una y media; el descubrimiento de hoy debe estar al caer. El incidente se solucionó con una oportuna intervención del doctor Turró.

—¿Usted ha pasado treinta años en Cuba, ¿por qué se marchó?

—Cuando me marché tenía todo lo que puede desear una persona a los cuarenta años: estaba bien considerado, podía dedicarme largamente a mi trabajo de investigación. Entre 1917 y 1936 publiqué 168 trabajos, me pasaba meses sin ir al cine, trabajando con auténtico gusto los domingos, pero he sido toda la vida un liberal. No sé si esto es bueno o es malo, creo que